

2-29-2016

## La vuelta

Pilar Cabrera Fonte

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

---

### Recommended Citation

Cabrera Fonte, Pilar. 2016. La vuelta. *Revista Surco Sur*, Vol. 6: Iss. 9, 9-11.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.6.9.7>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol6/iss9/8>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact [scholarcommons@usf.edu](mailto:scholarcommons@usf.edu).

Pilar Cabrera Fonte

# La vuelta

CUENTO con TODOS

La mujer se acordó de Medea y un frío repentino le recorrió la espalda. La furia de la extranjera que traicionó todo, su familia, su tierra, todo para que el imbécil de Jasón quiera casarse ahora con otra mujer, una princesa del país. Recordó a la anciana Dra. Stein sentada en su escritorio frente a la clase: ¿Impresiones de la lectura...? Respiró profundamente y se sentó en el borde de la cama. Hijo de puta: cabrón, hijo de puta. Lo articuló como una conclusión terminante, entre dientes, por centésima vez en aquel día. Jorgelina vio entonces su cara en la luna del espejo de la cómoda. Allí estaban todavía, entre el marco y el cristal, los retratos de la vida normal, la vida de anteaayer. Fotos de los niños con sus uniformes de la escuela. Foto del cabrón junto a ella en un jardín. Ahora la quito y la hago pedazos... mañana la quito y la hago pedazos junto a todas las otras...

El cuarto estaba casi en orden. La cama sin tender, algo de ropa caída junto al clóset, un frasco de perfume roto junto a la pared. ¿Se lo tiré a la cabeza? Increíblemente en orden para ser el lugar donde se acabó un matrimonio de siete años, una relación de diez años... Qué cara, qué ojeras, debería descansar un rato... Pero cuando estaba acomodándose una almohada bajo la cabeza sonó el teléfono.

— ¿Señora González? ¡Nadie ha pasado a recoger a los niños!

— ¿Cómo? ¿De qué habla? ¡Yo le pedí a mi amiga que fuera por ellos! Ahora mismo estoy allí. Espéreme veinte minutos, por favor.

Pasó la llave a la puerta mientras con la otra mano se ponía el zapato. ¿La llamé o no la llamé? ¿Que se me olvidó llamarla...?

— Mamá, ¿a dónde está el otro cepillo de dientes?

Jorgelina le acarició la cabeza. Ella ya había pasado un mes de la furia al llanto y el niño no mencionaba al padre. Sólo a veces, cautelosamente, preguntaba por diferentes objetos desaparecidos.

— Como te expliqué, tu papá se fue unos días a vivir a casa de tu abuela porque le queda más cerca del trabajo. Y se llevó sus cosas. También el cepillo de dientes.

Los dos niños la miraron. La niña, sentada sobre el excusado, levantó la cara con expresión de aburrimiento. Se veía que la explicación no los convencía. Jorgelina se estiró el pelo que seguía despeinado alrededor de una cola de caballo medio deshecha. Fue deslizándose la espalda por la pared hasta quedar sentada en el piso. Ahí estaban los tres en pijama, como esperando algo. Un pedazo de noche en la ventana del pasillo. Dudó un



Claudio Castillo, *Puente*

momento, y luego explicó que ella y el padre ya no iban a vivir juntos, que él vivía ahora con otra mujer. Y aunque los niños lloraron esa noche, después de salir de su cuarto, cuando al fin se durmieron, sintió por primera vez algo de alivio.

— Bueno, mujer, pero no te aflijas tanto. Al fin llegaste por los niños a la escuela. Del dinero ahora no te preocupes, me lo das cuando puedas.

— Es lo que faltaba, que José pierda el trabajo ahora. Pero se fue a vivir a la playa. La mujer tiene una casa allí, parece. Menos mal que los niños se quedan con la abuela los fines de semana. La pobre está apenada de cómo se porta su hijo.

—No es para menos.

— Mi mamá me escribe que debo darle una oportunidad. Que en un momento u otro todos los hombres hacen lo mismo. Dice que lo llame y le pida que vuelva, por los niños.



Claudio Castillo, Paredes

— ¡Me sorprende tu madre! ¡No parece de Euslaquia! ¡Porque eso lo soportan las mujeres de este país: los cuernos, el marido con la amante, la casa chica... pero nosotras, las euslaquianas, eso no lo aguantamos! ¡Tenemos orgullo! Mira, límpiate esas lágrimas... Nos vemos mañana por la noche, como quedamos, en la reunión de la Casa de Euslaquia.

Jorgelina se quedó un rato junto a la puerta. El nombre de su país la había dejado con un dolor diferente, distinto del dolor por el hombre que acababa de perder (en realidad, el único hombre de su vida, porque aquel otro, eso no había sido nada...) Dolor por las posibilidades esfumadas, por el recuerdo del perfume de las flores en el aire del trópico, de la torre y el mar y el agua transparente de la poceta entre las rocas... Tenía que ir a esa reunión, oír el acento de sus compatriotas, oír la música de su tierra.

— Y usted... ¿está con los euslaquianos de Euslaquia o con los de Tricornia?—preguntó el taxista, examinándola por el espejo retrovisor. Jorgelina dejó pasar dos o

tres postes, que desfilaron junto al carro cubriendo por unos segundos los asientos de rayas amarillas. Por sobre el vapor de unos cuantos tragos le parecía ver la costa añil, la vegetación de un verde claro. Tenía la boca abierta para decir Euslaquia, cuando vio bailando frente a sus ojos, colgado del espejo, el pájaro representativo del escudo de Tricornia, en metal.

— Con los de Tricornia—dijo, como lo había hecho cientos de veces. Era la respuesta más segura, aunque cualquiera de las dos podía llevar a confrontaciones indeseables.

El taxista aprobó brevemente con la cabeza. Después hizo algunos comentarios sobre la locura del líder de Euslaquia, que podía llevar al mundo al exterminio nuclear y daba discursos de siete horas. Pero Tricornia y los euslaquianos allí exiliados estaban a punto de recobrar el control del país, porque habían perdido el miedo completamente y estaban mejor organizados. Por suerte unos cuantos monosílabos esporádicos bastaron para que el taxista condujera por sí mismo sus predicciones políticas, mientras Jorgelina disfrutaba unos minutos de su propio asombro scandalizado. No habían pasado muchos meses de la partida de José y ese hombre



que siempre le había caído simpático estaba poniéndose realmente insistente, y a ella no le molestaba, para nada, que la invitara a bailar una pieza tras otra. Y si Edith o Marta le pedían bailar una canción, enseguida volvía junto a ella. Salía de esos abrazos mareada. Lo mejor es que no haya dicho una palabra, pero esas miradas. ¿Está esperando a que yo lo invite, a que yo? Hoy por milímetros no lo había besado. No significa nada, ningún compromiso, ni de loca pensar en qué futuro podría tener que ese hombre hermosísimo y tan joven se acostara una noche junto a ella.

— ¿Sabe qué, señor? Hay que vivir. El amor es pura chingadera —le dijo Jorgelina al taxista que se quedó sin comprender cómo había

saltado esa mujer del último intento de asesinato del líder a esa afirmación violenta. Pero tomó su dinero, le dio las gracias y le deseó buenas noches.

En este barrio rico la mañana estaba llena de cantos de pájaros. Jorgelina esperó un buen rato parada junto a la reja hasta que la anciana llegó, seguida por los niños. La casa de su ex-suegra le recordaba sus años más felices —los primeros que pasó en este país— con su jardín, lleno de rosas. Gracias a esta señora y su trabajo habían podido ir a la universidad ella y su ex... el hijoeputa... pero no, Lidia, usted no tiene la culpa... (Cuando trajo a esta muchacha tan hermosa, pensé: pobre de mi hijo... Quién iba pensar que iba a ser mi hijo el canalla...) La abuela se quedó en la reja diciendo adiós.

—Mamá —dijo la niña mirando por la ventana del carro. —La luna nos viene siguiendo.

—Así es, así es, m'hijita...

Había pasado casi un año y Jorgelina estaba, más que triste, cansada. Entre semana trabajaba en una oficina revisando libros de texto, y los fines de semana iba a dar masajes y limpiezas de cutis a un salón de belleza. Cuando supo que le hacía falta el dinero, la hija de su vieja maestra la llamó para que trabajara con ella. En dos días le había enseñado los secretos del vapor, la extracción de espinillas, las cremas y el masaje corporal, y la había ayudado a sacar su licencia de masajista. Pero aun así Jorgelina veía que no había más remedio que cambiarse de casa y poner a los niños en la escuela pública antes de que terminaran el curso... Había una cosa, una pequeñísima felicidad que podía confesarse. Los hombres que habían pasado por su cuarto... sólo dos, pero así todo, era el mejor sexo de su vida. Ya no le interesaba que volviera José, que de todas formas seguía en la playa con su bronceado perfecto, con la secretaria de pestañas postizas y biquini de revista, sin trabajar, sin pasarle dinero, y ni siquiera llamar a los hijos.

Pero ahora con esto. Si aceptaba todo podía cambiar. Le dijo al hombre de la embajada, déjeme pensarlo. Dejar a los niños en la misma escuela, quedarse en el mismo departamento aunque no, igual hay que buscar otra cosa. La luz roja del reloj sobre el buró, números absurdos que anuncian que mañana será un día terrible. Voy a decirle que sí. Se dio la vuelta hacia el lado de la ventana. El farol iluminaba flores de líneas curvas en la tela de la cortina. Cada cierto tiempo el ruido de los autobuses por la avenida. Cerrar un poco la garganta, el aire al salir... hace un ruido como de mar... no falla esta respiración para dar sueño... El hombre de la embajada de Euslaquia había dejado el olor de su colonia, de su tabaco, por toda la casa. Nosotros te ponemos el salón para que tú lo trabajes, dijo. La corbata azul parecía de seda. Sí, y dejar los libros de texto, no contar más los centavos. Porque era verdad que Jorgelina tenía amigos de los dos lados. Todos los de la Casa de Euslaquia. Pero también los viejos, las amigas de su madre. Ya venían con ella a darse masajes. Nelia, Rosita, Mariana... ¿Qué cosa de interés para el gobierno podrían tener que decir esas mujeres? No las compromete, no tienen nada que perder, no las puede dañar en nada. Con su propio salón de belleza. Nosotros te ponemos el salón. Mejor que esté cerca de la escuela. Y ahora sí, cada vez que quiera, va a poder volver de visita a su país. Se ve en el avión, volando sobre las olas que parecen tan fijas, como de cemento. Se ve junto a los niños, que miran por la ventana. ¿Ven que está cambiando de color del mar, ven esas líneas verdes, cafés...? ¿Es que ya vamos a llegar?